

A MI HIJA ELISA

En el nombre de aquella que apenas conociste  
y desde cuya muerte desesperado vivo  
eternamente solo y eternamente triste,  
para tus ojos estos versos, llorando, escribo...

¿En qué brazos amantes, en qué afecto sincero  
podrás hallar refugio cuando el dolor te hiera?  
Alegra nuestras horas un amor verdadero,  
y ese, con Ella, bajo la tierra gris te espera...

Huérfana!... Esa palabra dolorosa que encierra  
todas las infinitas tristezas de la Tierra,  
frase que no se puede decir si no llorando,

entristece tu infancia con su crespón obscuro...  
Para ti es este libro que improvisé pensando  
en mi dolor presente y en tu dolor futuro!



ANIVERSARIO

## I

—Aún no hace un año que cayó la tierra,  
la tierra del olvido, gris y fría,  
sobre el negro sepulcro que me encierra;

aún no hace un año del eterno día  
en que á mi cuerpo rígido, abrazado,  
enjugaste el sudor de mi agonía,

y en tu pecho mi imagen se ha borrado...  
¡Aún no brotó una flor sobre mi fosa,  
y ya á tu pobre Elisa has olvidado!

¿No recuerdas el pálido semblante  
que levantó tu mano temblorosa  
para besarme en el póstrer instante?



¿Ni los labios que tanto te besaron  
y que al plegarse para siempre, ansiosos,  
en un débil suspiro te llamaron?

¿Ni aquellos ojos de mirar doliente  
que á tus besos cerráronse, vidriosos,  
para soñar contigo eternamente?

¡Ya no te acuerdas de tu pobre muerta,  
la que bajo la negra sepultura  
sólo al recuerdo de tu amor despierta,

y elevando al azul su pensamiento,  
desde su eterna obscuridad murmura  
con un hilo de voz, que apaga el viento:

—Señor, haced de mí lo que queráis,  
mas tened compasión de esta criatura  
que sola á su destino abandonáis!

## II

Ya perdí la esperanza, y aún te espero!  
Cuando mi cuerpo de terror se helaba,  
la inmensa pena del adiós postrero,

más que por mí, por tu orfandad sentía,  
que si mi corazón agonizaba  
era tu corazón el que moría!

Y más que el abandono de la fosa,  
más que este pertinaz misterio helado  
que me amortaja en noche tenebrosa,

siento tu soledad entristecida...  
Verte andar, como un niño, extraviado  
por el gran laberinto de la Vida!



¡Ya no habrá quien mitigue tus dolores,  
ni pupilas que velen tu destino  
y que lloren al par cuando tú llores!

Ya no habrá nadie que por ti sucumba...  
¡Será la soledad de tu camino  
más triste que el silencio de mi tumba!

## III

Una huérfana sólo en ti confía...  
Vive por ella, como yo, en tu caso,  
aun sin alma y sin vida viviría...

Aparta de su senda los abrojos,  
disipa las tinieblas á su paso,  
y haz que recuerde á Aquella que sus ojos

apenas reflejaron en la Vida,  
á aquella pobre mártir infelice  
que ni en la tumba su recuerdo olvida,

y que alzando su mano descarnada  
desde su lecho secular, bendice  
su débil cabecita inmaculada...



¡Oh, Madre de Jesús, Virgen María,  
oid de una madre muerta los clamores,  
mudas plegarias que hasta el Cielo envía!...

Si un destino fatal á mi hija inmola,  
sus llantos, su tristeza y sus dolores  
los quiero para mí, para mí sola!

## IV

No marchas solo. Sin cesar te sigo,  
y á donde vayas, en tu ruta incierta  
verás mi sombra caminar contigo.

Contigo sufriré la suerte esquiva,  
y la que para todos está muerta  
para ti eternamente estará viva.

Y al verte vacilar triste y cansado,  
murmuraré á tu oído: —Aguarda... Espera...  
La hora de la partida no ha sonado!



Y por tus sueños pasaré ligera,  
derramando en tu espíritu agostado  
las flores de mi eterna Primavera.

Y en la hora final de la partida,  
cuando descieras á la tumba á verme,  
igual que en las tristezas de la vida,  
besándote en los ojos, diré:—¡Duerme!

Y en la honda paz del ataúd estrecho,  
al arrullo inmortal de mi cariño,  
te dormiré, cantando, sobre el pecho,  
como una madre que adormece á un niño.—

EL POETA RECUERDA



## I

Bajo la tarde lluviosa,  
tras el húmedo cristal,  
miré tu silueta rosa  
curvada sobre un rosal.

Entre el arco de una rama  
me miraste y te miré,  
y cual siempre que se ama,  
te amé, sin saber por qué.

La lluvia lenta caía...  
Te oí toser, y sentía  
tu tos en mi corazón,

como el golpe de una azada  
sobre la tierra mojada  
de algún viejo panteón.



## II

Bajo el cabello castaño  
la palidez del semblante  
te daba un encanto extraño,  
muy dulce y muy lacinante.

En tu silueta ligera  
temblaban ansias aladas,  
como una ave que tuviera  
las alas recién cortadas...

Belleza de golondrina,  
de flor que su tallo inclina  
para dejar de existir...

Belleza que más queremos  
á medida que sabemos  
que está próxima á morir!

## III

¡Oh, tu mirada, que era  
acariciante y sumisa,  
frágil cual tu cabellera  
y astral como tu sonrisa!

¡Oh, tu tímida mirada,  
que parecía con pena  
suplicar:—No me hagais nada...  
¡Ved que soy débil y buena!—

Tu mirada que tenía  
la inmensa melancólfia  
de una estrella de diamante

en algún pozo encantada...  
¡Oh, tu mirada!... Mirada  
sumisa y acariciante...



## IV

Tu mano frágil y leve  
era tan blanca que apenas  
bajo la piel—seda y nieve—  
azuleaban las venas.

Un ruiseñor, la Poesía,  
que es mi único tesoro,  
hasta tu mano venía  
á picar granos de oro.

Manos, en vuestra blancura,  
quién se durmiera soñando!...  
Dedos, dedos de azucenas...

¡cómo temblé de ternura  
al sentirlos alisando  
mis románticas melenas!

## V

Te recuerda mi mirada,  
con tus ramos de azahar,  
de mi mano arrodillada  
al pie del florido altar.

Surcaba la nave un vuelo  
de incensarios... De alegría  
tu rostro palidecía  
bajo la albura del velo.

Ya de ti no resta nada...  
Bajo la tierra mojada  
todo se fué á sepultar.

Sólo conservo devoto  
tu blanco velo, ya roto,  
y tu ramo de azahar.



## VI

Entre el sopor de beleño  
mis penas vienes á ver,  
tan frágil como un ensueño  
hecho carne de mujer.

En mis éxtasis lejanos  
me daba miedo tocarte,  
porque al roce de mis manos  
no fueras á disiparte.

Contigo viví soñando,  
y al despertar, sollozando,  
me hallé solo con mi empeño,

y á ti no te he vuelto á ver...  
¿Por qué la ilusión de un sueño  
se hizo carne de mujer?

## VII

Sus frases nunca me hirieron  
y siempre me consolaron...  
¡Heridas que otras me abrieron  
sus propias manos cerraron!

Aun cuando penaba tanto  
tan buena conmigo era  
que hasta me ocultaba el llanto  
para que yo no sufriera.

Con su infinita ternura  
mi más intensa amargura  
supo siempre consolar...

¡Y qué buena no sería  
que al morirse sonreía  
para no verme llorar!



## VIII

—Qué solo, si yo me muero,  
te vas, mi Vida, á quedar!... —  
Y aunque olvidar tu voz quiera  
nunca la podré olvidar!

Seguir viviendo me aterra...  
Es vejez mi juventud...  
Más solo estoy en la tierra  
que tú en el negro ataúd!

Nadie calma mi agonía  
ni nada en la vida espero...  
¡Bien tu voz lo presentía

al decirme, al expirar:  
—¡Qué solo, si yo me muero,  
te vas, mi Vida, á quedar!

## IX

Colocaron la mortaja  
sobre los viejos sillones,  
y alguien entró con la caja  
los paños y los blandones.

Al cadáver abrazado  
me encontró la luz del día  
sobre el tálamo aún mojado  
del sudor de su agonía.

Fuí vistiendo, enloquecido  
de dolor, su cuerpo yerto...  
Todo de espanto callaba...

Y al ponerle aquel vestido  
mi cuerpo estaba más muerto  
que el cuerpo que amortajaba!



## X

Llorando en su alcoba entro,  
mas no sé dónde se esconde  
que la busco y no la encuentro,  
la llamo y no me responde!

¡Escucha, Señor, mis ruegos!  
Devuélvele la existencia,  
que están ya mis ojos ciegos  
de tanto llorar su ausencia!

La llave al féretro echaron,  
y en hombros se la llevaron  
por esa puerta, á enterrar...

Las gentes se arrodillaban,  
y hasta las piedras lloraban  
al ver su entierro pasar!

## XI

Tus pisadas eran quedas  
cual las de una aparición...  
Sólo un resbalar de sedas  
te anunciaba al corazón.

Yo levantaba los ojos  
del libro, para mirar  
sonreír tus labios rojos  
á mi eterno laborar.

Hoy también, al menor ruido,  
creyendo que es tu vestido,  
la faz pálida levanto...

Y sólo miro, al reflejo  
del quinqué, bañada en llanto  
mi imagen en el espejo!